

Joaquín Mola y Martínez y los primeros corresponsales de guerra

Joaquin Mola y Martínez and the early war correspondents

Jaume Guillamet
Universitat Pompeu Fabra
[jaume.guillamet@upf.edu]

Recibido: 20-04-2012

Aceptado: 6-11-2012

Resumen

La figura y obra de Joaquín Mola y Martínez (1822-1882) aportan nueva luz sobre los inicios de los corresponsales de guerra en España, con motivo de la segunda guerra de Italia (1859) y la guerra de España en Marruecos (1859-1860), más conocida como guerra de África. Mola informó de ambos conflictos para el Diario de Barcelona y el análisis de sus crónicas revela una atención preferente al estudio y explicación de las operaciones militares, desprovista de la carga política y literaria de otros corresponsales. Su propia condición militar no impide que el corresponsal describa las dificultades del ejército y la deficiente asistencia sanitaria a los heridos, que causan honda impresión en el público. En su defensa por las críticas recibidas, el Diario de Barcelona evoca el comportamiento del británico *The Times* en un episodio parecido durante la guerra de Crimea.

Palabras clave: Mola, corresponsal, guerra, Italia, África

Abstract

The knowledge of Joaquin Mola y Martinez (1822-1882) shed new light on the beginnings of war correspondents in Spain, during the second war of Italy (1859) and the war of Morocco (1859-1860), better known as African war. Mola reported both conflicts to the Diario de Barcelona and analysis of their stories reveals a preferential attention to the study and explanation of military operations, free from the political and literary burden of other correspondents. His own military status does not prevent the correspondent describes the difficulties of the army and poor health care to injured, causing a deep impression on the audience. In his defense by the criticism, the Diario de Barcelona evokes the behaviour of *The Times* in a similar episode during the Crimean War.

Keywords: Mola, correspondent, war, Italy, Africa

Sumario: 1. Introducción. 2. La guerra de Italia. 3. La guerra de África.

1. Introducción

Los inicios de las corresponsalías de guerra en la prensa española se suelen situar en la guerra contra Marruecos, de noviembre de 1859 a marzo de 1860, más conocida como guerra de África. Tras el apunte de Altabella (1945: 86-89) sobre

Pedro Antonio de Alarcón y Gaspar Núñez de Arce, enviados por *El Museo Universal* y *La Iberia* de Madrid, la bibliografía aún incipiente sobre ese tema (Martínez Salazar 1998, Fernández 2003 y Palomo 2005) incluye el nombre Joaquín Mola y Martínez del *Diario de Barcelona* junto a otros seis enviados de periódicos españoles y cuatro extranjeros: Juan Antonio de Viedma (*Las Novedades*), Emilio Lafuente Alcántara (*Crónica del Ejército y de la Armada de África*), Caunedo (*El Diario*), Gaspar Núñez de Arce (*La Iberia*), Vallejo (*Crónica del Ejército y de la Armada de África*), Carlos Navarro Rodrigo (*La Época*), Boyer (*La Independence Belge*), Frederic Hardman (*The Times*), Chevarrier (*Le Constitutionnel*) y Charles Yriarte (*Le Monde Illustré*).

Por la celebridad literaria de sus autores, las crónicas de Alarcón y de Núñez de Arce son hasta hoy las mejor conocidas, gracias a los estudios y antologías debidos a María del Mar Palomo y María Antonia Fernández. En ambos casos, se trata escritores con vocación política, cuyas correspondencias desde el norte de Marruecos están teñidas de un apasionamiento patriótico basado en «el relato pasional de los hechos de armas del ejército» (Fernández, 2003: 25). Alarcón se enrola voluntariamente en el Batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, mientras que Núñez de Arce, miembro del partido liberal progresista, sigue toda la campaña junto al general en jefe Leopoldo O'Donnell, a cuya Unión Liberal se adhiere más tarde. Cuando creen que la guerra ha alcanzado ya sus objetivos tras la victoria de Tetuán, ambos escritores, así como Navarro, que además es nombrado cronista oficial y director de la imprenta de campaña, son partidarios de un acuerdo razonable de paz y la retirada del ejército de África, frente la prensa y la opinión pública mayoritaria que desea su continuación hasta la conquista de Tánger. Ello incluye a *La Iberia*, el periódico de Núñez de Arce (Palomo, 2005: XIX), que habla irónicamente de estos corresponsales como «apóstoles de la paz», en contraste con la polémica política, la exaltación patriótica y el belicismo al que se entregan diarios y periodistas desde Madrid (Fernández, 2003: 25-29).

Los inicios de las corresponsalías de guerra en la prensa española habrían sido unos meses antes, si se toma en consideración que Mola ya había sido enviado por el *Diario de Barcelona* a la guerra de Italia, librada en el Piamonte y la Lombardía de abril a julio de 1859, como había apuntado Molist (1964: 99-102). A este conflicto viajaron también Víctor Balaguer para *El Telégrafo* y Carlos Massa Sanguinetti de *La Iberia* de Madrid (Guillamet, 2010: 212-214; Pascual Sastre, 2002: 76-80, 108), aunque de éste último no se conocen todavía cartas o correspondencias, como se llama en la época a la crónicas. España no tiene intereses directos en el conflicto, pero la guerra que el ejército del rey Víctor Manuel II de Cerdeña y Piamonte y las fuerzas populares de Giuseppe Garibaldi, con el apoyo del emperador francés Luis Bonaparte, libran contra el emperador Francisco José de Austria es seguida con gran entusiasmo por los liberales españoles. Especialmente por los progresistas, una fracción de los cuales había dado su apoyo al gobierno de Unión Liberal formado por el general O'Donnell en verano de 1858.

Cuando el *Diario de Barcelona* lo envía a Italia, Joaquín Mola y Martínez (Alicante 1822 - Barcelona 1882?) tiene 37 años y, desde junio de 1856, el grado de teniente coronel de Infantería, aunque se halla en «situación de reemplazo» y sin destino, según consta en su hoja de servicios. Incorporado al Ejército a los 12

años como soldado voluntario de Infantería menor de edad, alcanzó el grado de capitán por méritos de guerra en 1840, al final de la guerra carlista. En 1848 había emigrado a Portugal tras verse involucrado en un episodio político en Sevilla, por lo que fue dado de baja del ejército hasta febrero de 1855, si bien regresó a España gracias a una amnistía en julio de 1849, tras vivir algunos meses en Inglaterra y Francia. Residente en Barcelona por lo menos desde 1853, el *Diario de Barcelona* lo presenta como redactor al salir para Italia. Antonio Brusi Ferrer explica en unas breves memorias manuscritas (Guillamet, 1997: 165) que su envío a cargo del presupuesto de redacción «contribuyó al prestigio del *Diario*» en «la grande lucha con *El Telégrafo*». Este segundo periódico, aparecido en noviembre del año anterior con la suscripción a mitad de precio, muy pronto se confirmó como la principal competencia del veterano diario aparecido en 1792, que hasta el momento había gozado de una posición dominante en Barcelona.

El Telégrafo pudo contar con las correspondencias del escritor y político Víctor Balaguer, que viajó a Italia durante tres semanas y publicó un total de 17 correspondencias, entre el 17 de junio y el 8 de julio de 1859, firmadas siempre con su nombre y apellido, hecho no habitual en la época. Balaguer viajó acompañado por el también periodista y miembro del partido liberal progresista Luis Cutchet y tras el armisticio se sumó a una carta de felicitación y adhesión de los liberales españoles a la causa italiana publicada en el diario *La Italia* de Turín. En la noticia que dio *El Telégrafo* aparecen también los nombres de Massa Sanguinetti y del pintor catalán Alonso Gelabert y Buzo que dibuja estampas de la guerra.

2. La guerra de Italia

Entre los meses de abril y julio de 1859, la segunda guerra de Italia, después de una primera en 1848, acaba con la derrota austríaca frente al combinado de fuerzas franco-italiano. En 1861 se produce la proclamación del reino de Italia, pero la unificación plena no llega hasta después de una tercera guerra en 1866 y la conquista de Roma en 1870. El viaje de Joaquín Mola y Martínez dura dos meses, desde finales de mayo en que sale de Barcelona hasta finales de julio en que regresa.

La primera crónica, fechada en Marsella el 28 de mayo de 1859 se publica dos días más tarde, el día 30. Los intervalos serán mayores una vez en la zona de operaciones. A primeros de junio, la victoria de las armas franco-piamontesas en la batalla de Magenta decanta a su favor el resultado del conflicto, lo que se confirma el día 24 con la batalla de Solferino, a la que seguirá la firma de un armisticio. El día 15 de julio, Mola envía desde Milán su última carta, publicada el 22. Ha publicado un total de 35 correspondencias en veinticuatro ediciones del diario, que en ocasiones incluye varias en un solo día, según el orden de recepción desde ocho orígenes distintos. Las dos primeras están fechadas en Marsella, seis en Génova, seis en Turín, seis en Milán, dos en Brescia, tres en Desenzano, tres en Peschiera, una en Pozzolengo, una en Milán, una en Pozzolengo y las tres últimas de nuevo en Milán. Tras haber firmado escuetamente con las iniciales J.M. y M. las cartas encabezadas por la referencia «De nuestro redactor corresponsal»,

Joaquín Mola y Martínez firma con su nombre completo las cinco entregas ya en Barcelona de unas finales «Observaciones sobre la campaña de Italia» —los días 29 de julio y 3, 5, 11 y 23 de agosto—, además de una nota, el 24 de julio, de agradecimiento a los diplomáticos españoles y a los generales piemonteses y franceses por las atenciones recibidas.

Al presentar la primera carta de Mola desde Marsella, en la edición de tarde del 30 de mayo de 1859, *Diario de Barcelona* da garantías de «la buena fe, de la imparcialidad y de los conocimientos especiales en asuntos militares de nuestro compañero», aun sin citar su nombre ni precisar su condición, detalle habitual en la prensa de la época. «Ni los peligros, ni las fatigas le detendrán en su camino; y estamos seguros que no perdonará medio para averiguar la verdad de los hechos y que no aventurará afirmaciones de sucesos cuya autenticidad no tenga probada», añade el diario al enunciar su cometido. Los conocimientos militares de Mola se ponen pronto de manifiesto, aunando en sus correspondencias el tono coloquial en primera persona de una relación epistolar con los lectores, con una descripción y análisis de los acontecimientos propios del soldado y «aficionado a la ciencia militar», que dirá ser en su última carta.

Las breves y espaciadas referencias a la condición militar sirven a Mola para explicar las facilidades recibidas de los generales franceses y piemonteses para circular libremente por los frentes e incluso las dos ocasiones en que se cruza con el rey Víctor Manuel II. Ello sucede el 30 de junio, tras visitar cerca de Pozzolengo al general piemontés Cuchiari, «antiguo compañero de armas durante la guerra de los siete años», o sea, la primera guerra carlista. A la admiración por el sencillo rey soldado que comparte la batalla con sus tropas, se suma la crítica por los peligros a los que se expone por su intrepidez, ya expresada en la primera carta desde Génova, el 31 de mayo, sólo de llegar a Italia. Al relatar la llegada del emperador Napoleón III a Milán, en la última carta, se permite comparar la impresión que le causa al cabo de diez años de haberlo visto en París.

Al interés por las cuestiones tácticas y estratégicas, el estado de las fortificaciones y las novedades en el armamento presente en todas las cartas, se suma la sensibilidad por la vida de los soldados. Desde el enorme peso del equipo de campaña de los soldados franceses al trato a los heridos y prisioneros de ambos bandos, el inmenso número de bajas y el uso abusivo de la bayoneta, que ve como un retroceso. En compañía del teniente coronel Ochoteco, podrá recorrer tras la batalla decisiva el campo de Magenta y ser testigo ocular de la definitiva de Solferino. Al recorrer también este campo describe la tremenda mortalidad producida y el intento vano de ayudar al rescate de algunos heridos. Descubre en otra ocasión a un herido español de la Legión Extranjera, que había desertado de la Ciudadela de Barcelona tras el levantamiento fallido de junio de 1854 y combatido en Crimea, antes de hacerlo en Italia. No sería el único español enrolado contra los austríacos, así como muchos italianos lo habían hecho en España contra los carlistas.

Las referencias constantes al telégrafo, a través del cual los lectores tendrán conocimiento previo de los hechos, condiciona el contenido de las correspondencias, cuyo valor Mola atribuye a la aportación de su testimonio presencial sobre la vida en el frente, el ambiente en las ciudades y el contacto con los ejércitos. Combate algunos tópicos como las exageradas atrocidades atribuidas a los

austríacos, pero no deja de recoger las noticias y rumores recogidos en los cafés, aun expresando reservas sobre su veracidad. Los boletines oficiales que se venden por voceo en las calles de las ciudades no merecen siempre su confianza, ya que esconden sistemáticamente las bajas del propio bando, que estima muy elevadas. En ocasiones, el relato de sus cartas tiene la viveza de una interrupción para ir a recoger nuevos datos o quedar a la espera de algún hecho. El propio diario presenta como superadas por los hechos algunas correspondencias que publica por el interés de los detalles aportados. El relato presencial de la definitiva batalla de Solferino, el 24 de junio, publicado doce días después en el *Diario de Barcelona* de 4 de julio tiene el valor de exponer «toda la verdad con que puede hacerlo un testigo ocular que ha dominado el campo que ha sido teatro de esta lucha desde una elevada y cercana posición».

El final algo temprano de la guerra, tras un armisticio de tres días firmado el 8 de julio, prolongado hasta 15 de agosto y finalmente transformado en un acuerdo de paz, causa desagrado en Milán, según explica en las dos últimas cartas y deslucen un poco la entrada del Víctor Manuel II y Napoleón III en la capital de la conquistada Lombardía. Desde Milán, el 15 de julio, el propio Mola se expresa con sentimientos encontrados en un párrafo final de balance y despedida:

«Con esta carta cierro mi correspondencia. Como hombre amante de la humanidad, me alegro que la guerra haya concluido y con ella sus repugnantes horrores y calamidades. Como soldado, como hombre aficionado al estudio de la ciencia militar, siento que la paz se haya hecho antes de tomarse Peschiera y Verona. Hubiera querido ver contra las fortificaciones los efectos de las piezas rayadas y de los cañones Cavalli. Por más que esto hubiese ocasionado algunos miles más de víctimas, cuando se trata de adelantos y de ensayos que algún día pueden ser útiles a la defensa de mi patria y a la gloria del valiente ejército español al que estoy más satisfecho de pertenecer después de haber visto a los que han tomado parte en la pasada lucha, pues estoy convencido que hubiéramos confirmado la elevada opinión que de las tropas españolas se tiene en el extranjero; me hubiera gustado ver arrancadas las lunetas de Peschiera, los baluartes y el campo atrincherado de Verona desde una distancia de 5 o 6.000 metros como me lo aseguraban los oficiales piamonteses. Y no es extraña este deseo: el militar científico, ante los estudios de la guerra, es como el toxicólogo que ensaya los efectos de un veneno, como el frío operador que con el bisturí en la mano no atiende a los dolores que causa al paciente, sino que consulta por medio del pulso las fuerzas del que tiene entre sus manos para ver si resistirá otro corte, si podrá hundir su instrumento un milímetro más sin que se extinga aquella vida. Para penetrar en el templo de las indagaciones útiles es necesario que el hombre, en muchas ocasiones, deje su corazón a la puerta. ¡Ojalá que por lo que respecta a la ciencia de la guerra, la civilización y la justicia hagan inútil, cuanto antes mejor, semejante necesidad!».

3. *La guerra de África*

Si la simpatía despertada en amplios sectores de la opinión liberal española por la segunda guerra de Italia había motivado el desplazamiento de corresponsales en la primavera de 1859, la guerra declarada por España a Marruecos, el 22 de octu-

bre de 1859, tiene el apoyo firme de la opinión y la prensa. Al aliento patriótico general que la guerra recibe, añade el *Diario de Barcelona* su compromiso con el gobierno de Unión Liberal del general Leopoldo O'Donnell, que además de jefe del gobierno ejerce como general en jefe del ejército expedicionario. Tras haber sido corresponsal de un tercer país y amigo de la causa italiana, Joaquín Mola y Martínez actúa ahora en una guerra que siente propia como ciudadano, como periodista y como militar. Sin entrar en esa consideración, evocará en su última crónica desde Ceuta, el 29 de marzo de 1860, «la diferente influencia que han ejercido en mí» una y otra guerra:

«Creo que la guerra hecha en uno u otro país cambia enteramente de carácter. Bajo un cielo hermoso, en un país lleno de grandes ciudades, de recuerdos históricos y artísticos conocidos, la guerra presenta a mis ojos otro aspecto que ese lienzo ensangrentado al que mi vista está acostumbrada desde la niñez. Pero en África todo tiene un tinte oscuro particular. Véase o no el enemigo, el militar siente aquí siempre su corazón oprimido».

Antonio Brusi Ferrer anota en sus sucintas memorias, que Mola y Martínez escribió desde África «una serie de correspondencias para el Diario, narrando fielmente las campañas de nuestras tropas, que comunicaron gran incremento a nuestra publicación» (Molist, 1964: 100). El enviado del *Diario de Barcelona* sale para África un mes más tarde que otros corresponsales, pocos días después que el 18 de diciembre se organice un batallón de voluntarios catalanes - siguiendo el ejemplo del general Prim que había pedido expresamente al Gobierno ese destino-, que desembarcarán en la costa marroquí el 26 de enero de 1860. El 28 de diciembre de 1859, Mola se incorpora al en Ceuta al ejército de África como agregado al Cuartel General y según consta en su hoja de servicios, «siguió todas las operaciones de la Campaña a las órdenes del Capitán General en Jefe, Conde de Lucena, asistiendo a los combates del Campamento de la Concepción y del Cerro de la Condesa, los días 29 y 30 de diciembre», así como a otros diez que se detallan en su hoja de servicios. Cabe destacar las batallas de los Castillejos, el día 1 de enero de 1860, las de los llanos de Tetuán, los días 23 y 31, y la batalla decisiva por esta ciudad del 4 al 6 de febrero, con la toma del campamento marroquí.

Entre el 20 de diciembre de 1859 que manda una primera carta fechada en Granada hasta el 29 de marzo de 1860 que manda la última, fechada en Ceuta, Mola escribe 67 correspondencias, que se publican en 38 ediciones de *Diario de Barcelona* entre el 27 de diciembre y el 9 de abril. La cuarta y última crónica antes de partir del puerto de Málaga, donde fecha también las dos anteriores, ya aparece con la firma completa de J. Mola y Martínez, lo que parece un reconocimiento de su rúbrica. Desde las primeras cartas, Mola combina con mayor intención que en Italia la crónica de viaje —en ferrocarril desde Valencia hasta Granada—, la descripción de los lugares, la anécdota humana, sucintas observaciones políticas y los análisis y comentarios de tipo militar que van tomando cuerpo a partir del embarque hacia Ceuta.

Aunque se habla de su asistencia a los combates, no hay que descartar una participación efectiva en ellos, como se ha dicho de otros enviados (Palomo, 2005:

XXXVII-XLI) y es costumbre hasta la primera guerra mundial entre los corresponsales de guerra de distintos países. La Cruz de San Fernando de 1ª clase que se le concede a la entrada de Tetuán, según consta en la hoja de servicios, confirma esa sospecha. Aunque no haya en las cartas indicación alguna en este sentido, la descripción de las batallas revela gran cercanía a la acción y al vestir uniforme no se distinguiría de la tropa, sino todo lo contrario. Se refiere en contadas ocasiones a su propia condición de militar y lo hace siempre para fundamentar opiniones, análisis o comparaciones.

El punto de vista del corresponsal no es el de un combatiente sino el de un observador, que en la mayoría de los casos es testigo ocular de los hechos, en otros ha tenido como fuentes a personas conocedoras de los hechos y dignas de confianza y que, cuando lo estima necesario, no deja de recoger otros rumores y noticias sin confirmar, expresando reservas sobre su veracidad. Lejos del tratamiento eminentemente romántico que se atribuye a las correspondencias Núñez de Arce, las escritas por Mola son de una sobriedad notoria. El propio *Diario de Barcelona* en una nota de la redacción que apostilla la última crónica, dice el 9 de abril que ha descrito la ruda campaña «con toda la imparcialidad de su carácter y con toda la viveza del amor patrio que rebosa en su pecho». Son particularmente discretas sus referencias a los jefes del ejército, a los que otros cronistas llegan a atribuir acciones casi milagrosas (Fernández, 2005: 33-37). Junto a la posición preeminente de O'Donnell como general en jefe, destaca la participación en los combates del general Juan Prim, de quien Mola transcribe de memoria una arenga a las cuatro compañías de Voluntarios de Cataluña llegadas al campamento de Tetuán, el 3 de febrero. «Hasta hoy no he sabido lo que era el idioma catalán para improvisar una arenga en la víspera del combate», escribe el corresponsal. «Es el lenguaje del conde de Reus. El general se ha ido electrificando poco a poco hasta el punto que sus miradas de fuego y su acción enérgica hacía palpar de entusiasmo a cuántos le veían y oían».

Los nombres de los lugares donde fecha las cartas describen el itinerario seguido por el ejército en el avance lento por un territorio sin apenas caminos, que las tropas han de ir construyendo, a la vez que una vía de ferrocarril para facilitar la penetración del equipamiento bélico hacia las ciudades de Tetuán y Tánger y una línea telegráfica para las comunicaciones oficiales: campamentos del Serrallo, de los Castillejos, del río de los Capitanes, del río Semi, de la Atalaya, de la desembocadura del río de Tetuán y del frente de Tetuán. Alternativamente, hay cartas fechadas en Ceuta, debidas a desplazamientos de Mola, que parece disponer de plena libertad de movimientos, o por motivos de su salud. El corresponsal habla a menudo de los casos de cólera, aunque a él no le afectaron, pero sí otras dolencias como la diarrea debida a las aguas.

Las descripciones geográficas son extensas y precisas, así como el paisaje humano y las costumbres de los habitantes de la zona, que Mola describe crudamente, reflejando los prejuicios de la época sobre el aspecto, las formas de vida y la manera de luchar de los marroquíes, a los que se refiere habitualmente como moros. La suciedad, la miseria, el hambre, la pereza, el ataque traicionero por la espalda, la crueldad del degollamiento y decapitación del enemigo y el fanatismo religioso son lugares comunes que el corresponsal ilustra con ejemplos.

La puntería de los tiradores, la curiosidad y agradecimiento de los prisioneros, la velocidad y habilidad de la caballería o el porte e indumentaria de los emisarios del sultán que visitan el campamento español son motivos de reconocimiento y elogio. A veces, la mezcla de ambos elementos puede dar lugar a descripciones de alta intensidad narrativa, como en la carta de 14 de enero de 1860 desde el campamento de la Atalaya:

«Mis ojos no habían contemplado ningún día tan de cerca esta caballería fantástica, a esos soldados irregulares esparcidos en pintorescos grupos sobre un campo alfombrado de verde. Por todas partes se veían alquiceles blancos en general, negros algunos y unos pocos encarnados. El alquicel hace un efecto maravilloso sobre un caballo, cualquiera que sea el color de su pelo. Dominaba tan bien todo este cuadro, que distinguía la cara de los ginetes árabes; los teníamos a medio tiro de fusil. A unos doscientos pasos de esta caballería esparramada en tantos grupos se encontraba formado en masa el batallón de Villaviciosa y un poco más a la derecha el de húsares, cuya guerrilla cambiaba algunos tiros con ginetes árabes que con la velocidad del rayo, tendidos sobre el cuello del caballo venían a disparar su espingarda sin ningún efecto. Esos mil quinientos árabes hablaban y gritaban todos a la vez, gesticulando como endemoniados. ¡Qué variedad de tonos en sus voces argentinas! Es la cosa más nueva y seductora que he visto desde que soy militar. Creo que si aquellos hombres vienen hacia mí la curiosidad me hace olvidar el peligro y me quedo clavado en mi puesto temiendo ver desvanecerse con el movimiento aquel panorama seductor que tenía embargados mis sentidos, así como no advertía la lluvia que desde media hora antes calaba mi sobretodo. Al parecer, todos aquellos hombres desafiaban y vomitaban improperios contra aquellos ginetes cristianos que tenían a tiro de pistola. No sé lo que hubiera dado por comprenderlos, y sin embargo el eco particular de aquellas voces claras y sonoras, las armas que blandían en sus manos y su actitud amenazadora, parecían explicarme el sentido de ese lenguaje tan salvaje y espresivo. Todo lo que me rodeaba era extraño: la luz del día opaca, el cielo ceniciento, el color de la tierra negruzco; a mis pies yacía tendido, desnudo, cubierto de puñaladas y sin cabeza, un cabo de cazadores que un momento antes estaba lleno de robustez y de vida. Más abajo, un moro asqueroso y mutilado era todavía blanco de la saña de los soldados que pasaron por el lado del cadáver decapitado. A cada instante cruzaban camillas con heridos de gravedad, soldados con espingardas y otros trofeos que quitaron a los enemigos, caballos ensangrentados y mil otros objetos que revelaban el furor con que se había combatido este día. El fuego de una compañía de cazadores aleja aquella bandada de blancos fantasmas a caballo y la fuerza de la lluvia pone fin al combate».

Los recursos periodísticos de Mola se ponen a prueba con la lentitud que en algunos momentos afecta a la campaña. Las hostilidades se inician el 17 de diciembre de 1859 y, pese a las sucesivas victorias sobre el ejército marroquí, el ataque y conquista de Tetuán no se produce hasta los días 4 y 6 de febrero de 1860. La espera más larga hasta la finalización de la campaña, que no se produce hasta el 23 de marzo, va acompañada de un debate intenso en la prensa de Madrid sobre la necesidad de proseguir la guerra hasta Tánger. Durante ese mes y medio, el corresponsal da cumplida cuenta de las visitas de los emisarios

del sultán y las consultas y viajes de los jefes españoles a Madrid y se pronuncia claramente sobre la conveniencia de no alargar una guerra cuyo coste en vidas y dinero está siendo muy alto. El corresponsal argumenta a favor de un acuerdo de paz que no obligue a mantener el control sobre el territorio ganado que, por su dificultad e inseguridad, sería muy oneroso en ambos aspectos.

«Es una guerra de honor, no de provecho», escribe Mola el 26 de febrero, recordando que ha sido motivada por el ataque de un grupo de rifeños a los trabajos de fortificación de Ceuta, cuya posesión española no está aún resuelta de acuerdo con Marruecos, y que el sultán se negó a castigar. Insiste en ello en las cartas de esa larga espera, tan propensa a maniobras políticas como las que, ya el 14 de febrero, habían movido a Juan Mañé y Flaquer a firmar un artículo en defensa del general O'Donnell ante las críticas y maniobras de los círculos políticos y periodísticos de Madrid. A esos reprocha que «hace ya algún tiempo que la prensa y los partidos de las provincias dan lecciones de sensatez, cordura y moderación» y denuncia, a modo de pregunta: «¿Se trata de desconsiderar al general en jefe como militar para derribarlo del puesto que ocupa como hombre político?».

Es un mes y medio de espera, durante el cual el corresponsal tiene ocasión de describir la vida y costumbres de los habitantes de Tetuán, donde sólo queda tras la ocupación la sometida colonia judía, aunque irán regresando después sus habitantes. Mola explica su dificultad para orientarse en el laberinto de callejuelas, describe la españolización de la ciudad llevada a cabo por la autoridad ocupante y la celebración solemne de una misa católica, que no excluye la protección del culto en la mezquita. Algunas cartas, el 19 y 26 de febrero, adquieren el tono de notas de sociedad, a propósito de la estancia de la flamante duquesa de Tetuán, la esposa de O'Donnell, que se instala en una de las mejores casas, donde recibe la visita de un grupo de judías ricas. En otras, como la del mismo 19 que es muy larga, hay el tono de crónica de costumbres, con el relato de las horas pasadas en un café turco hablando con los árabes que allí pasan las horas bebiendo café y fumando hachís. El 17 de marzo anuncia a sus lectores que se ha procurado «una cantidad de simiente de *hachís*» y se extiende en lo felices que va a hacer a quienes lo fumen:

«Digo felices, porque según me ha referido el moro que me la ha vendido, el humo de este tabaco satisface, en sueños, los deseos de cada cual. Los árabes no piensan más que en los goces del Paraíso ni anhelan otra cosa, pero entre los cristianos cuyas ambiciones son tan variadas, el *hachís* proporcionará al que lo use lo que más desee. No faltarán conquistas a los pollos, talegas al avaro, elevadas posiciones al que las pretenda, y no habrá subteniente, aunque sólo lleve dos meses de servicio, que no se ciña una faja a la media hora de haberse acostado si cierra sus párpados después de aspirar algunas bocanadas del delicioso humo del *hachís*».

El estudio del potencial económico de Tetuán y su puerto, que lleva incluso al corresponsal a hacer a observaciones ornitológicas y cinegéticas a propósito de la agricultura del llano en la carta del 11 de febrero, no es óbice para que en la del 13 de marzo escriba que no vale la pena conservar la ciudad, en una de cuyas casas se aloja algunos días por gentileza del comandante con quien

comparte tienda. Acaba de aparecer el primer número de *Eco de Tetuán*, según refiere el día 2, publicación gratuita a cargo de «algunos de los escritores que siguen al ejército», cuyos nombres no especifica y a los que encabeza Alarcón. En otras cartas, cita encuentros con (Núñez de) Arce de *La Iberia*, Boyer de *L'Independence Belge* y Navarro Rodrigo de *La Época*. En ocasión de la entrevista mantenida el 23 de febrero por O'Donnell con Muley Abbas, comandante marroquí y hermano del sultán, anota la presencia de un fotógrafo y un dibujante.¹ En las cartas siguientes, Mola insistirá en las razones del llamado «partido de la paz» como deseo general, aunque considera que África sería una escuela excelente para el ejército español, que podría hacer anualmente campañas en esas tierras. Otra constante de las correspondencias es la crítica de la posición de Gran Bretaña, que junto a Francia habían aprobado la acción española. Mola habla ya en su tercera crónica, desde Málaga, de la animosidad británica y en otras cartas señala a los ingleses como inspiradores y aprovisionadores del ejército marroquí, por medio del cónsul británico en Tánger y las fuerzas destacadas en el peñón de Gibraltar. Su comandante visita el campamento, como hacen el archiduque Maximiliano de Austria, la tripulación de un buque estadounidense y oficiales prusianos, entre otras delegaciones extranjeras.

Según consta en la hoja de servicios de Joaquín Mola y Martínez, el 22 del marzo «se separó del Ejército a causa de su mal estado de salud, regresando a Ceuta, donde permaneció curándose hasta que verificada la paz regresó a Barcelona». No pudo asistir, por tanto, a la batalla decisiva librada al día siguiente y conocida como batalla de Wad-Ras aunque no utiliza ese nombre sino el de Gualdras en la crónica fechada al día siguiente desde Ceuta, con el relato traído por dos oficiales heridos. Desde esa plaza escribe también, el 27, la «gran noticia» del armisticio aceptado al fin por los marroquíes tras su último intento de oponerse al ejército español.

A punto de salir las tropas hacia Tánger, la fecha de su marcha coincide con la de Alarcón, Núñez de Arce y Navarro, aunque la de éstos es voluntaria, como muestra de desacuerdo con la continuación de la guerra que acabará efectivamente al cabo de pocos días. Además de a la exactitud de sus propias observaciones, Mola apela en la última crónica «al sano criterio y buena fe de mis colegas periodistas que como yo han asistido a las operaciones del ejército y han sido testigos de los que sucede en Tetuán» para hacer ver al gobierno y a la prensa española «los inconvenientes que ofrece la conservación de Tetuán». Inconvenientes que compara con los que ya ofrece Melilla, «con todas las desventajas de estar situado dos leguas al interior de un país salvaje y de habitantes fanáticos e incorregibles». Con el tono propio de «los militares pensadores y de experiencia» invocado en la anterior recapitula el análisis y la posición defendidos por él y el mismo *Diario de Barcelona* a lo largo de estos meses, en un largo artículo de «Una mirada a lo pasado», publicado de nuevo desde Barcelona el 17 de abril.

¹ La fotografía, descubierta por el francés Daguerre en 1839, aún no tiene usos periodísticos, mientras que los dibujantes trabajan sólo para las revistas ilustradas.

Hay una carta especialmente dura en la correspondencia africana de Joaquín Mola y Martínez para *Diario de Barcelona*, fechada el 29 de enero de 1860, en una breve visita a la plaza de Ceuta, que le causa una fuerte impresión.

«Al entrar en Ceuta, el corazón se cubre de tristeza. A cada paso se encuentran oficiales y soldados de rostro cadavérico en el que llevan pintadas todavía las huellas de la terrible epidemia. Si el cólera fuese una enfermedad contagiosa, Ceuta sería no una ciudad, sino un cementerio. Cuéntanse en ella diez y siete hospitales bien servidos....(...) El total de pacientes que hay hoy en dichos establecimientos se eleva a unos 2.300 que pueden clasificarse de la manera siguiente: 140 heridos, 180 de enfermedades comunes y 1.800 coléricos. Esta última cifra es aterradora. Agréguese a estos guarismos los de los hospitales de Málaga, Cádiz, Algeciras, etc. y se comprenderá lo que sufre nuestro ejército de África».

El corresponsal recuerda al público que «la guerra vista desde lejos es una cosa muy diferente que contemplada de cerca» y que a pesar de las victorias cobradas sobre el enemigo «no olviden los españoles que el ejército de África cuesta diariamente unos tres millones y medio (se supone que reales), y a lo menos doscientos hombres diarios cuando el estado sanitario se considera bueno, es decir, cincuenta millones y seis mil hombres cada mes, ¡un tesoro y un ejército cada año!». Al cabo de tres días, el *Diario de Barcelona* se reafirma el 14 de febrero en la oportunidad de haber publicado esa correspondencia frente a la alarma y el desaliento creado en la opinión, ya que nadie ha impugnado la veracidad de los hechos referidos.

«¿Por qué no era oportuna la publicación de la correspondencia? Mucho se abusa de la palabra oportunidad: es palabra muy cómoda, porque la oportunidad cada cual la juzga según su manera de ver o su temperamento (...) Las correspondencias forman una crónica, y una crónica no se debe interrumpir. Además es bueno que sepan los que tan exigentes son con nuestro sufrido ejército y con su hábil y prudente jefe que la guerra de África no es un juego...»

El veterano diario barcelonés se ampara en una referencia a su colega británico *The Times* para rechazar la acusación de que la carta de Mola haya podido revelar al extranjero detalles desconocidos, reproduciendo un fragmento de una correspondencia anterior de éste sobre los problemas y enfermedades del campamento español. Son días de preocupación en Barcelona por la falta de noticias del corresponsal, un «alarmante silencio en un corresponsal conocido por su puntualidad y por su imprudente arrojo». La edición de tarde del diario se abre el 16 de febrero con la «buena noticia» de una carta del corresponsal fechada el día 10, tras no haber recibido ninguna desde el 3. La edición de tarde del 17 se abre también con la entrega de las cartas de los días 7 y 8 y el anuncio de recepción de la del 7 en la que narra la batalla de Tetuán.

Juan Mañé y Flaquer, que no sería nombrado director de *Diario de Barcelona* hasta 1865 pero ya ejercía la máxima responsabilidad en la redacción, insiste en la defensa de la libertad de imprenta, en la misma edición del 17 de febrero de 1860,

con un artículo sobre «La prensa en los pueblos libres», que invoca de nuevo a *The Times*, por el ejemplo de su comportamiento informativo durante la guerra de Crimea, en 1854:

«Sabido es que el ejército inglés, en la campaña de Crimea, perdió las tres cuartas partes de su efectivo, principalmente por su mala administración militar. El corresponsal que el *Times* tenía en el campamento hizo una pintura viva y desconsoladora del lamentable estado de las tropas británicas, dirigiendo graves cargos al general en jefe y particularmente a la administración. El pueblo inglés sabe por experiencia que en toda campaña le toca perder su primer ejército; no obstante esto, las correspondencias del *Times* produjeron un manifiesto disgusto en una parte del país. Entonces el periódico, vivamente atacado, se defendió con argumentos que no tienen réplica, y que recordaremos por su oportunidad. ¿Son o no ciertos los males y abusos que se denuncian? Si lo son, ¿por qué ocultarlos? La guerra trae sus males inevitables, pero es deber de todo buen ciudadano el contribuir por su parte a que los defensores del honor nacional sufran lo menos posible. La sangre y el dinero de la nación son demasiado preciosos para que los prodiguen locamente la ignorancia, el egoísmo o la avaricia.»

La doble invocación de diario británico plantea el alcance de la comparación entre ambos. Salvando las distancias entre la historia política y social del Reino Unido y España a mediados del siglo XIX, *The Times* y *Diario de Barcelona* son dos de los periódicos más antiguos de Europa, aparecidos respectivamente en 1785 y 1792,² editados ambos por empresas familiares y de orientación conservadora, pero independientes de los partidos y con fuerte ascendencia sobre los gobiernos respectivos. La trayectoria del diario londinense es más nítidamente liberal, mientras que el barcelonés tuvo una primera etapa de diario local bajo el antiguo régimen con su fundador Pedro Pablo Husón de Lapazarán, sirvió a la ocupación francesa durante la guerra napoleónica y se acomodó al régimen liberal ya en manos de Antonio Brusi Mirabent. Siguiendo la estela innovadora de John Walter I y II, el primer Brusi y su hijo Antonio Brusi Ferrer introdujeron nuevas técnicas de impresión y obtuvieron una posición dominante en el mercado periodístico incipiente. Aun no publicándose en la capital de España, *Diario de Barcelona* tiene una antigüedad muy superior a sus colegas de Madrid y desde el Bienio Progresista (1854-1856) es uno de los apoyos más significativos del gobierno de Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell.

El texto sin firma del 14 de febrero y el artículo firmado por Mañé el 17 con el título inequívoco de «La prensa en los pueblos libres» son una defensa de la libertad de información y la responsabilidad pública en la línea de la tradición del periodismo británico. La comparación tácita de Joaquín Mola y Martínez con el corresponsal de *The Times* en la guerra de Crimea, William Howard Russell nos sitúa de lleno en la cuestión de los perfiles profesionales de los primeros

² Toma el nombre de *The Times* en 1788, tras una primera etapa como *The Daily Universal Register*.

corresponsales de guerra. De acuerdo con Knightley (2000: 1-17),³ Russell no fue el primer corresponsal de guerra en sentido estricto sino el primer periodista enviado expresamente a un conflicto para dar una visión civil y profesional de los hechos. Además de las informaciones oficiales facilitadas por los gobiernos, hasta el momento la prensa se había servido de correspondencias diversas desde las proximidades de los campos de batalla, así como de las escritas por militares destacados en los ejércitos contendientes.

Casi de la misma edad que Mola,⁴ cuando viaja a Crimea siguiendo al ejército expedicionario británico en febrero de 1854, Russell ya es un periodista experimentado, que se ha curtido como enviado en los conflictos de Irlanda. El fuerte impacto de sus crónicas, en especial el relato ocular del desastre de la Brigada Ligera de Caballería en Balaclava ante el ejército ruso, causó honda impresión en el público, una crisis de gobierno y un fuerte descontento de los militares y la propia corona. Pese a no haber firmado sus crónicas ni tan sólo con iniciales, como era costumbre en la época, regresó a Londres en honor de multitudes y obtuvo los máximos reconocimientos. La comparación tácita entre los dos corresponsales hecha por Mañé atañe a su coincidencia en la descripción de los problemas relacionados con la atención sanitaria y los sufrimientos del ejército, aunque el español lo hace desde su doble condición de periodista y militar. Salvadas las distancias, la figura de Joaquín Mola y Martínez es más comparable a la de William Howard Russell que las de los escritores Pedro Antonio de Alarcón y Gaspar Núñez de Arce. Coinciden en una mirada informativa sobre los hechos, sin el tono literario y el apasionamiento político de los escritores, pero su condición militar le diferencia del perfil estrictamente profesional del británico.

Bibliografía y fuentes:

- Altabella, José (1945): *Corresponsales de guerra: su historia y su actuación : de Jenofonte a Knickerbocker, pasando por Peris Mencheta*, Madrid, Febo.
- Fernández, María Antonia, editora (2003): *Gaspar Núñez de Arce: Crónicas periodísticas de la Guerra de Africa (1859-1860)*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Guillamet, Jaume (1997): «El segon Brusi, la propietat del *Diario de Barcelona* i l'aparició d'*El Telégrafo*» a *Treballs de Comunicació*, 8, Barcelona, p. 153-168.
- Guillamet, Jaume (2006): «De William H. Russell a Robert Fisk, un siglo y medio de corresponsales de guerra» en *Estudios de Periodística*, XI, 2006, p. 53-62.
- Guillamet, Jaume (2010): *L'arrencada del periodisme liberal. Política, mercat i llengua a la premsa catalana (1833-1874)*, Vic-Barcelona, Eumo Editorial.
- Knightley, Phillip (2000): *The First Casualty. The war correspondent as hero and myth-maker from the Crimea to Kosovo*, Londres, Pron.

³ Aunque utilizo la referencia del año 2000, la primera edición de la obra es de 1975 y alcanza sólo hasta la guerra de Vietnam. Hay una traducción española de esta primera versión, *Corresponsales de guerra*, Barcelona, Editorial Euros, 1976.

⁴ La fecha de nacimiento de Russell cerca de Dublín ha sido establecida sin seguridad entre 1820 y 1821, un año o dos antes que Mola.

- Martínez Salazar, A. (1998): «Los primeros corresponsales de guerra españoles», *Historia* 16, 272, Madrid, p. 88-95.
- Molist Pol, Esteban (1964): *El «Diario de Barcelona», 1792-1963. Su historia, sus hombres y su proyección pública*, Madrid, Editora Nacional.
- Palomo, María del Mar, editora (2005): *Pedro A. de Alarcón: Diario de un testigo de la guerra de África*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, Clásicos andaluces.
- Pascual Sastre, Isabel María (2002): *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio Democrático (1868-1874)*, Madrid, CSIC, Biblioteca de Historia. Colección de *Diario de Barcelona*, conservada en el Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona.
- Hoja de servicios de Joaquín Mola y Martínez. Archivo General Militar de Segovia.